

Superminin

10 céntimos

AÑO III

REVISTA ILUSTRADA SEMANAL PARA NIÑOS. — MADRID

Núm. 127



En la selva civilizada. Reunión de "Dirt-Track"

Narraciones Ejemplares

EN LA SOMBRA BRILLÓ UNA LUZ



"¡Primorosa! ¡Cantenera!" Las dos mulas, azuzadas por la voz imperiosa de su amo, hacían esfuerzos inauditos, acelerando la marcha todo lo que las malas condiciones del terreno lo permitían. El tío Perico, una vez terminado el negocio que al pueblo vecino le trajo, tornaba a su casa sin conceder descanso a las caballerías, y dispuesto a realizar el viaje de noche, a pesar del cansancio y de las dificultades del trayecto.

Vibraba la voz del hombre con trémolos de angustia y de impaciente desesperación. Tenía prisa, ansias de llegar: a media tarde, un propio enviado por su mujer le trajo la noticia. "Perico, vuelve 'deseguida'; tu hija, la Juanita, está muy mala; pa morirse, no te quiero engañar." Y el angustiado padre se puso en camino, despreciando los consejos de los amigos. "Que la carretera está muy mala, Pedro." "Que bien 'pué' ser una 'desageración'.

Nada escuchó; algo muy íntimo, muy hondo, le gritaba que corriese si quería llegar. ¡Su Juanita morirse! ¡Si no podía ser! ¡Pero aquel recado, aquel maldito aviso! Y las palabras del emisario se le clavaban en el alma, haciéndole subir a la garganta sollozos ahogados. "Está pa morirse; a qué te voy a engañar." ¡Para morirse! ¡Podría ser cierto? ¡Morirsele aquella hija! ¡Y morirsele sin que él la cerrara los ojos con sus besos! ¡Aquel capullito



temprano, carne de su carne, que era la alegría y la dicha de su casa! ¡No, no! "¡Primorosa! ¡Cantenera!" ¡A prisa! Más de prisa. ¡Más!

Los nobles animales realizaron un esfuerzo desesperado, sin lograr mover el carruaje, que, inmóvil, clavadas las ruedas hasta el cubo en el bache tremendo no se movía, como si la fatalidad sujetase las ruedas con sus garras sobre el hoyo traidor. El látigo trazó su centésima huella sobre la piel de los agotados

brutos, que tensaron sus nervios en un supremo esfuerzo inútil también. En las sombras de la noche, el carro, la mula caída y el hombre, formaban un cuadro patético de impotencia, y para aumentar aún más el horror de la escena, un rumor lejano, un trueno sordo y prolongado, fué despertando los dormidos ecos de la montaña. Estallaba la tempestad con furia salvaje. Entonces el hombre irguióse, desafiante, una mano en el ronzal de la bestia, la otra dirigida hacia el cielo en actitud de

reto, y con voz ronca dejó salir de sus labios la terrible imprecación. "¡Dios! ¡Dios! ¿Tú ves esto? ¿Tú lo consientes? ¡Maldito seas!"

Y antes de que pudiese cerrar el odioso juramento con otra horrible blasfemia, rasgáronse las nubes, y de lo alto, iluminando el espacio con su luz cegadora, abatiéndose sobre el grupo con inaudito estruendo.

Cayó el hombre de rodillas, y sobre su conciencia sintió todo el peso de la injuria cruel; pero haciendo un supremo esfuerzo pudo su-



plicar: ¡Señor, perdóname, ya que ves el dolor por mi falta!

Jamás supo Pedro cómo pudo ocurrir. Al día siguiente encontré en su casa: su mujer y varios amigos le rodeaban cariñosamente. La buena esposa habló: "A media noche volvieron las mulas solas. Temiendo una desgracia, salimos a buscarte y, tendido, de bruce sobre el suelo, con los brazos en cruz, te encontramos en medio del camino. Pero mira

la niña, besa a la Juanita; ya está buena. Estuvo muy mala, muy malita. El médico dijo, si no reacciona esta noche, se muere; y cuando dió un trueno muy grande, la vi abrir los ojos y llamarme. Se había salvado."

"Cuando dió un trueno muy grande", pensó el padre. Y de pronto, fijando la vista en el carro que vislumbraba en el patizuelo, contempló con espanto y remordimiento que sobre el toldo de madera, el rayo había trazado con

caracteres de fuego una gran cruz. Y abrazando frenéticamente a la pequeñuela, exclamó: "Hija, hija, mi Juanita querida, no te salvaron las medicinas, no te salvaron los hombres; fué Dios, ¡Dios!, que supo perdonar la bárbara ofensa de tu padre."

Era la luz, la luz de la piedad y el amor que la visión augusta del Crucificado infiltraba en las sombras de la conciencia del blasfemo.

Manuel G. BENGIOA

1.º EL PINTOR, DE SER OSADO, POR SU INGENIO SE HA LIBRADO



MIGUELIN

NOVELA DE AVENTURAS POR MANUEL G. BENGOS

CAPITULO VI

"LOS CUATRO INVENCIBLES"

La brutal impresión le había dejado sin fuerzas, sin movimiento, insensible a todo lo que no fuera un hondo dolor. Su amigo, su camarada, muerto ante sus ojos, y sobre todo, "Sansón". ¿Cómo pudo el leal gigante permitir que a su vista asesinaran a Miguelín?



La plaza se había quedado desierta, el sol iba rompiendo poco a poco las tinieblas. Jaime sintió que por detrás le oprimían un brazo y una voz conocida le decía: "Venir, amito, venir, nos esperan." Era Sambo. "Han muerto a Miguelín"—repuso el muchacho con lágrimas en los ojos—. "Vení, vení, con Sambo"—contestó el negrito—. Jaime, inconscientemente le siguió. Siempre conducido por el pequeñuelo atravesaron la ciudad, adentrándose en el bosque; y de pronto, Jaime frotóse los ojos, como queriendo disipar de ellos una pesadilla, y de su garganta salió un grito de angustia, de alegría, de júbilo indescriptible. "¡Miguelín! ¡Miguelín! ¡Tú! Y, en efecto, en los brazos de Miguelín se hallaba. Cuando pudo articular palabra interrogó con ansia: "¿Pero cómo es posible? ¿Pero eres tú? En carne y hueso"—contestó la voz robusta del gigante apareciendo entre las junqueras.

—Ah, Sansón, noble amigo! Ya me extrañaba a mí que tú consintieras que delante de tus ojos le asesinaran. Pero explicaos.

—Pues verás—repuso el gigante—. "Carbonilla" y yo trepamos como gatos a una casa, y brincando de un tejado a otro llegamos al de la cárcel. Allí empezamos a levantar tejas hasta que a punta de cuchillo abrimos un agujero. Nos colamos por él "Carbonilla" y un servidor, y cuando ya íbamos a salir pitando con Miguelín, sentimos pasos y que metían una llave en la cerradura de la puerta; no nos dio sino el tiempo preciso para escondernos, al instante en-

traba el gaucha Pérez, el jefe de los bandos, y un soldado. Yo me dije: ¡Aquí te quiero ver, Sansón! Y ¡plás!, ¡plás!, de dos puñetazos en la cabeza tumbé al gaucha y al soldado. En seguida vestimos al gaucha con la capota de Miguelín, le atamos como un fardo, me calzé yo la ropa del soldado, eché la capucha sobre la cara de Pérez, le agarré por un brazo para que pudiera andar, pues del puñetazo estaba "atontao" y... ya has visto lo demás; esa canalla ha fusilado a su jefe mientras Miguelín huía con "Carbonilla" por el agujero del tejado."

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

A cierto animal sustento, y encima de otro soy puesta, bien hecho estoy y compuesta y si alguna vez me asiento, como suelo, soy molesta.

(La solución en el próximo.)
Solución del anterior.—La sangre.

FUGA DE VOCALES

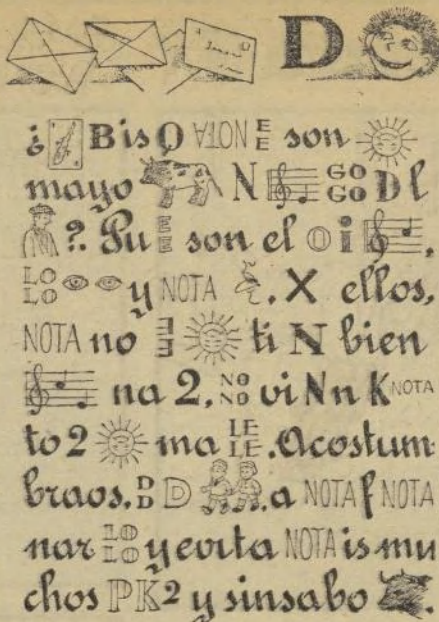
T. n.s. l. c.r. l.gr.,
d.f.nt. l. l.m.,
p.r.q. n. t. c.nf..s.s
c.m. D.s m.nd.



Un río que salió de madre, arrastraba en la corriente dos ollas, una de cobre y la otra de barro. No era igual el movimiento de las dos porque la de barro iba delante por ser más ligera, y la de cobre se quedaba detrás por ser más pesada. Decía ésta a la otra que la esperase para ir juntas, y que no temiese que le hiciera daño; pero la de barro contestó que agradecía sus deseos, pero que no se detendría porque el movimiento de las aguas las podía hacer chocar, y como más débil se haría mil pedazos.

No conviene tener por compañeros a los más fuertes, porque éstos pueden hacer daño sin exponerse a recibirlo.

ESOPO



No os preocupéis demasiado del concepto que tengan de vosotros los hombres, porque como hay entre ellos tantos pareceres, os será imposible agradar a todos.

Preocupaos de agradar a Dios, que es lo principal y lo que conseguiréis si os lo proponéis.

JEROMIN

FRASQUITO

La aparición del terrible oso sembró en la comarca la consternación. El invierno era crudo: en la montaña, cubierta de nieve, escaseaba el alimento, y el terrible animal, acosado por el hambre, bajó al llano en busca de corderos en las majadas y de terneras en los prados. Su fiera era tanta, que a los mismos hombres hacía frente y acometía.

Los habitantes de la aldea propusieron librarse de la terrible fiera, y organizaron batidas que, sin resultado, escudriñaron los valles y barrancos de las montañas. Sin duda, el animal, realizada la fechoria, se retiraba a su guarida, donde, por causa de la nieve, no podía, sin gran riesgo de perecer en un ventisquero, ser perseguido.

Frasquito, el hijo del guarda, había pretendido con gran empeño formar parte de las expediciones; pero su padre, atendida la corta edad del muchacho, no quiso autorizarle para ello. —¡Contra—decía el muchacho, cuando volvían los expedicionarios sin haber logrado su objeto—, si me dejaran ir a mí!...

Y como era tan terco como valiente, pues no temía a nada ni a nadie, se propuso habérselas él solo con el terrible oso.

Cayó el padre enfermo con tercianas, y el temerario mozalbete se vió dueño de tiempo, de la escopeta y de la cartuchera. Una mañana, cuando su madre le creía roncando en la cama, tomó la escopeta y las municiones y, lleno de ánimo, se descolgó por la ventana, yéndose derecho a la sierra.

Por el único barranco practicable, se adentró en ella, y sereno, impasible, sin temblarle el pulso, con ese valor sólido

de los nacidos y criados en el campo, marchaba, escopeta al hombro, a buscar y a luchar con la fiera en su misma guarida. ¡Qué alegre iba! ¡Era valiente el chico de quince años! Llegó a la garganta de la sierra, montó la escopeta y, prevenido, con el dedo en el gatillo, avanzó lentamente, explorando con su vista, acostumbrada a las penumbras, los follajes y oquedades de los canchales. ¡Nada, no veía nada! Alguna urraca, algún mirlo, alguna lagartija...; total, nada. De pronto oyó un ruido sordo, un gruñido. ¡El oso, Dios mío!... Detúvose y observó atentamente el paraje. Vió una cueva y advirtió que el gruñido salía de su tenebroso fondo. Frasquito no vaciló; echóse la escopeta al hombro y trepó a las ramas de un árbol que le ofrecía sitio seguro para el acecho.

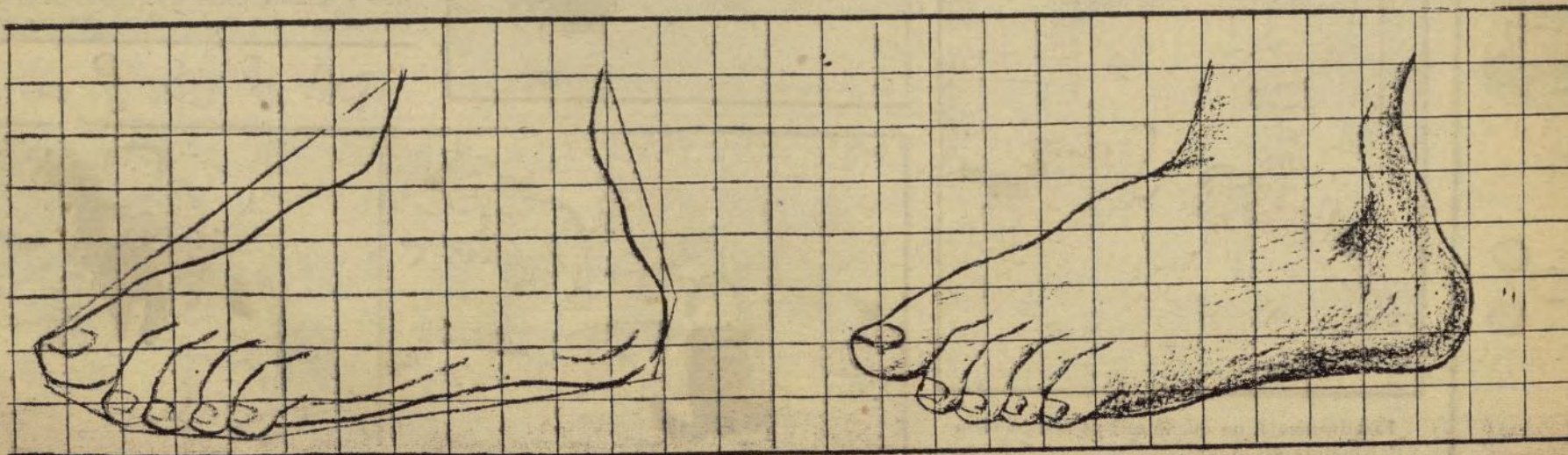
A poco, con recelosa prudencia, mirando a uno y otro lado, apareció en la boca de la cueva la cabezota parda y feroz del oso. Frasquito, sereno, con pulso firme, apuntó, dió al gatillo, y la fiera cayó al suelo herida en la frente por la bala. El chico, ebrio de gozo, corrió al pueblo gritando: —¡Lo he matado, lo he matado! Y se ganó el premio ofrecido.



El embudo y la llama de la bujía

Si queréis lograr apagar una bujía encendida, soplando por la parte estrecha de un embudo, es preciso que inclinéis el embudo de forma que la línea del círculo que forma su parte ancha esté en el mismo plano que la llama de la bujía. Veamos ahora la razón de esto y la de los dos casos indicados en el número anterior. Al soplar, el aire se desparrama, siguiendo las paredes de la boca ancha del embudo. Así, pues, si hacéis coincidir la línea de la pared del embudo con la luz de la bujía, ésta recibirá la corriente de aire y se apagará. Pero si no lo hacéis así, el aire, si sopláis a alguna distancia, forma, digámoslo así, un círculo alrededor de la luz, sin tocar a ésta, y si sopláis acercando el embudo, la presión del soplo sobre el aire exterior la hace reaccionar por el centro del círculo de aire, que hemos dicho se forma con el soplo y esa reacción empuja la llama de la bujía hacia el embudo, esto es, en sentido contrario al que se sopla. Soplando, como dijimos el otro día, con la boca llena de humo de tabaco, se perciben bien las corrientes y reacciones del aire.

METODO "JEROMIN" DE DIBUJO. DIBUJO DE FIGURA





Cascarilla

DON SEVERO AVENTURERO

Maravillosa Historia de Jeromin.

TERESA, NINA TRAÍFESA.

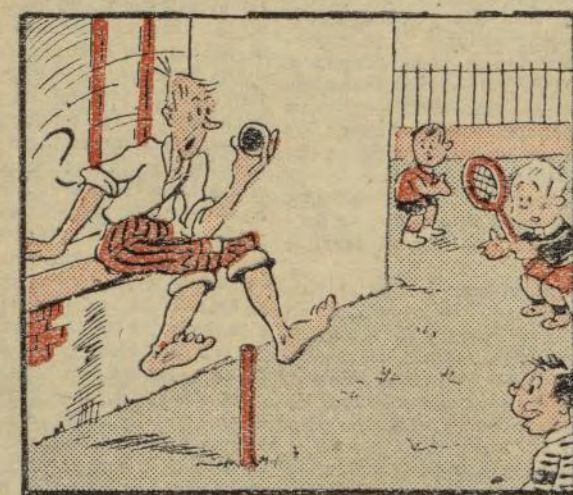
Repollo



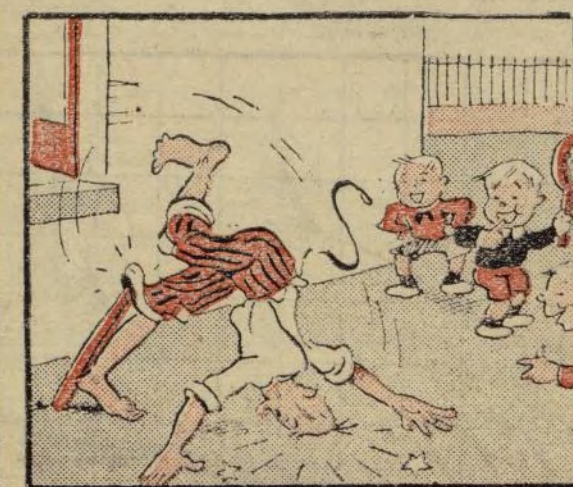
—Cascarilla, abre la ventana y llama al "Nene".



—¿Qué es eso!—Nada, señora, que ya ha respondido.



—Pero eso no se queda así; ahora lo verá.



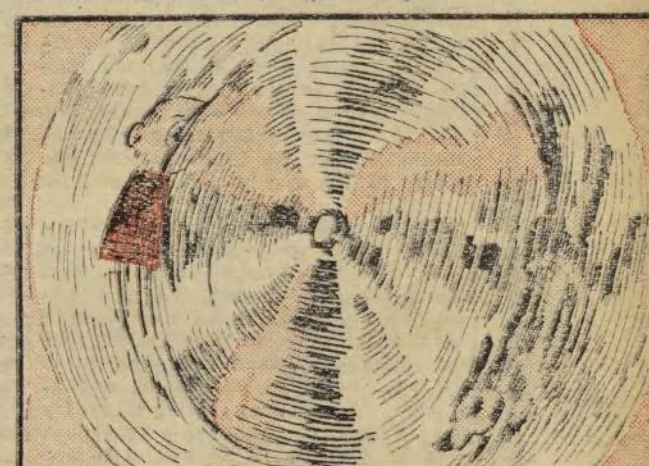
Efectivamente, no quedó así; ya lo está viendo y celebrando el "Nene".



Churrete sacó del saco un trozo de lomo, lo ató a una larga cuerda y lo lanzó al aire. Apenas lo olió el buitre se lanzó al trozo de lomo; pero al ir a cogerlo tiró de la cuerda Churrete y el buitre se quedó chasqueado con tres palmos de... pico. La misma faena, repetida varias veces, divertía la mar a Churrete, que se reía a carcajada. A causa de



jetarle y fué también arrastrado. Al darse cuenta Jeromin de lo acaecido, renegó del travieso Churrete; pero comenzó a maniobrar para rescatarlo. La operación era difícil, porque el buitre, subiendo y bajando rápidamente, evitaba las acometidas del aeroplano. Afortunadamente iba en la cabina la cometa de Churrete, y Jeromin tuvo la ocu-



rrite y Kiruska, fué arrastrada con vertiginosa velocidad, seguida por el aeroplano. Forzó Jeromin el motor y al fin pudo enganchar la cuerda en la hélice, en la que aquella se enrolló como en un carrete, y en un momento Churrete y Kiruska, como si formaran parte de la hélice, comenzaron a dar vueltas en el aire tan vertiginosamente,

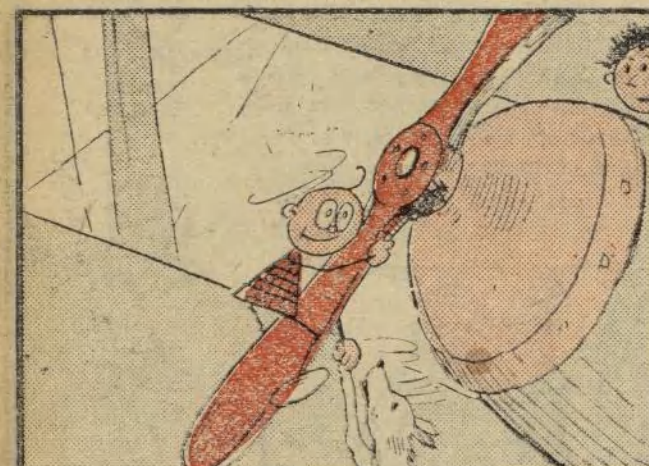


la risa se descuidó una vez y el buitre hizo presa en el lomo, tirando con tanta fuerza, que Churrete perdió pie, y, agarrado de la cuerda, salió del aeroplano, quedando en el aire sostenido por el pico del buitre, que no soltaba su presa; pero no salió solo Churrete del aeroplano, porque Kiruska, al verle caer, le agarró de un pie para su-



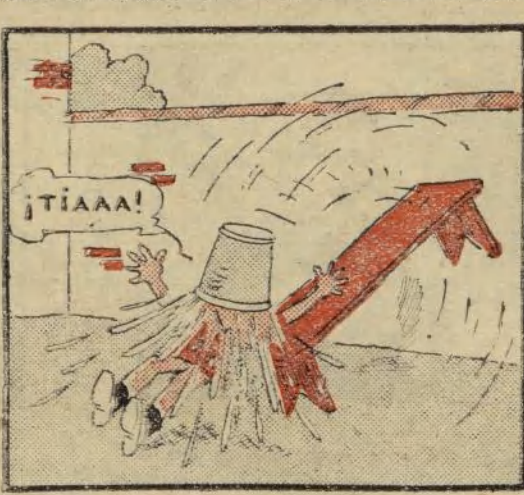
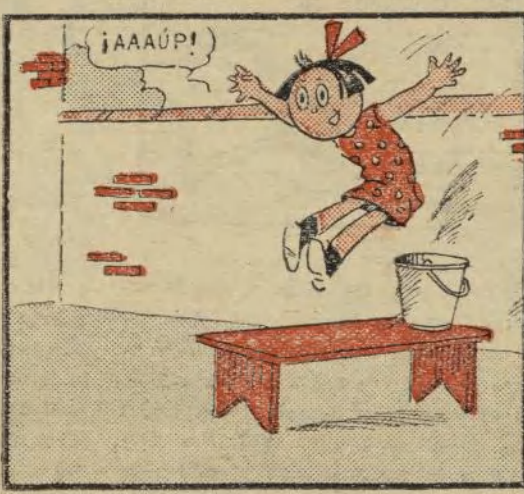
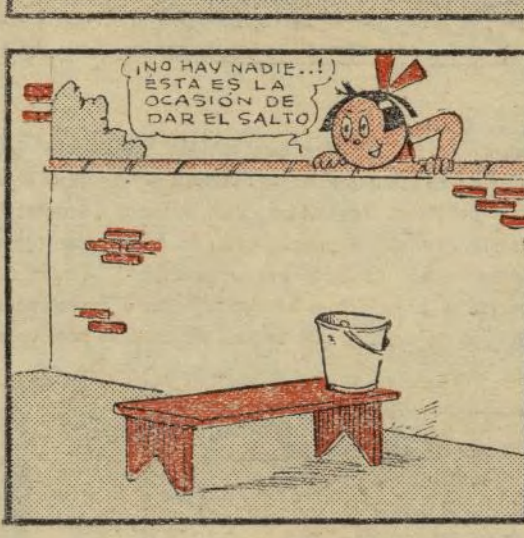
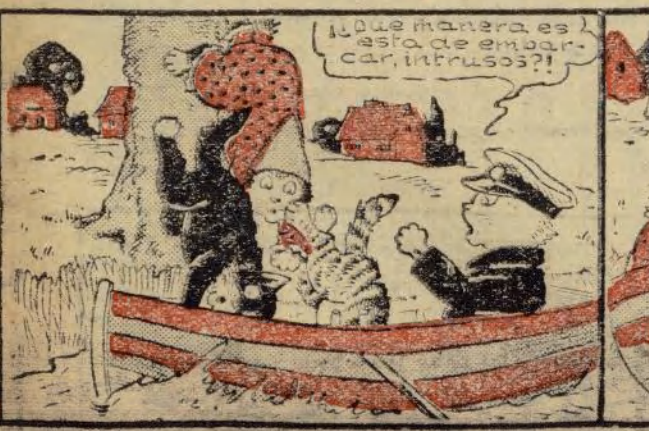
rencia de lanzar la cuerda de ella al aire, gritando a Churrete para que se agarrara en cuanto le fuera posible.

Después de varias inútiles tentativas, Churrete pudo agarrarse a la cuerda de la cometa, saltándose en seguida de la que le tenía suspendido del pico del buitre; pero hacía mucho aire, y la cometa, llevando tras de sí a Chu-

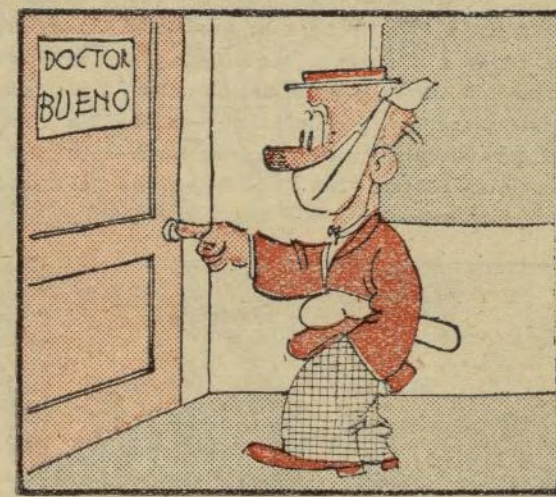


que apenas se les veía. El peligro era enorme, y Jeromin, jugando el todo por el todo, paró el motor, empezando un magnífico vuelo planeado. Y cuál no sería su sorpresa, cuando creía encontrar a Churrete hecho pa-pilla y sin sentido, al verle abrazado a una de las alas de la hélice riéndose del percance (Continuará.)

Miki-Mici y MIAU



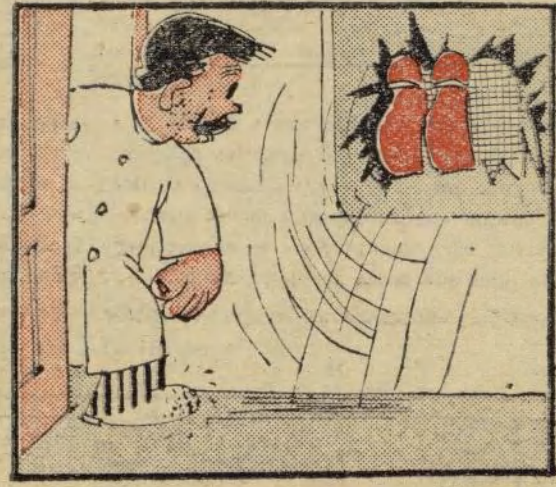
—Esto es inaguantable. Voy a sacarme la muela en seguida.



—No me fio de la "bondad" de este doctor. Creo que me hará sufrir horriblemente.



—¡Ay, Dios mío! Ya, ya viene. ¡Se acerca la hora del suplicio!



—Ya no me duele la muela, y me voy antes que salga ese tío!

LA MONTAÑA DEL MISTERIO

NARRACIÓN EMOCIONANTE LLENA DE MISTERIO Y AVENTURAS



OSITO



TRUMPETA



AVIONCITO



CUBO



PELOTON



MUNECO



BICICLETA



PATO



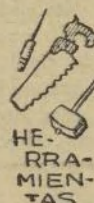
SOLDADITO



GATITO



PAYASO



HERRAMIENTAS



GRAMOFONO



LEGRI-TO



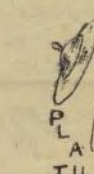
TAMBOR



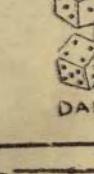
BALON



DIABOLO



PLATILLOS

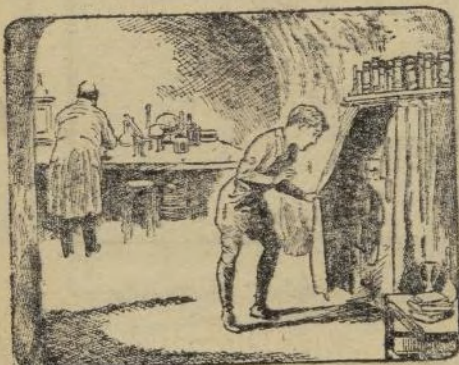


DADOS

"¡Chis!, susurró Shiela, haciendo un ademán de silencio. "Mi tío no sabe que vengo a veros. Os va a interrogar pronto. Sea prudente cuando le responda y procure no irritarle." "¿Qué tiene que preguntarme?"—inquirió Jim con voz perpleja—. La joven misteriosa movió su cabeza. "No puedo detenerme

a decirlo. Debo irme antes que mi tío me halle aquí. Intrigado con la extraña advertencia de la joven misteriosa, Jim estaba nervioso, hasta que vio la puerta cerrada tras la joven; pero no estuvo suspenso largo tiempo. Ella volvió a aparecer y le condujo ante el rostro severo de su tío, que estaba sentado

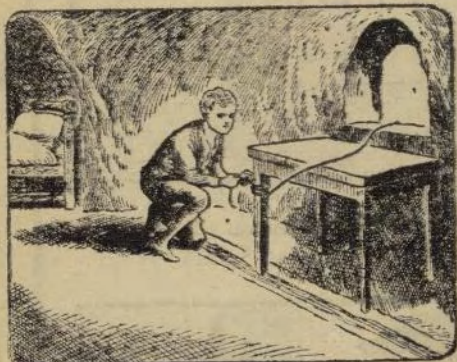
en el laboratorio y le dijo: "Joven, ¿si yo os dejo ayudarme en mis trabajos químicos, me prometéis no escaparos?" Con firmeza fijó Jim sus ojos en la cara del sabio y replicó: "Con gusto os ayudaré; pero mis tíos deben estar apenados por mi ausencia, y haré lo posible por volver a ellos." La frente del viejo se



arrugó, y dijo, sonriéndose: "Muy bien, tomaré mis medidas para que no abandonéis la Montaña del Misterio hasta que yo os deje salir de ella." Por la tarde comenzó Jim sus servicios en el laboratorio, colocando en su sitio los instrumentos que no eran necesarios y aseando la habitación, mientras el sa-

bio se dedicaba a sus experimentos científicos. Sucedió que en sus ocupaciones, Jim levantó una cortina que ocultaba un nicho, donde halló un rollo de cuerda. A su vista latió con fuerza su corazón y, dejando caer la cortina, miró a su alrededor. Vio con alegría que nadie le espiaba, alzó otra vez la

cortina, cogió la cuerda y sin ruido, fué a la puerta de su habitación, que abrió. Rápidamente y sin aliento entró en ella y echó la llave por dentro. "Ahora tengo ocasión de escaparme", fueron sus pensamientos, y se dirigió a la ventana. "Dentro de unos minutos estaré oculto abajo en el bosque." Miran-



do por la ventana, vio Jim que a treinta pies había por bajo de ella un estrecho saliente. Creyó seguro que en él hallaría medios de llegar al bosque que se extendía hasta perderse de vista. Firmemente resuelto a practicar el osado plan que había formado, aseguró un

cabo de la cuerda a la mesa que estaba delante de la ventana, arrojando el otro por ésta al espacio. Subió a la mesa, se agarró a la cuerda, sacó una pierna por la ventana, y apretando firmemente la cuerda entre sus manos, comenzó a bajar. La cuerda se deslizaba

entre sus puños, y eran momentos de angustia cuando se balanceaba en el espacio. ¿Qué pasaría si la cuerda se rompiera o si se aflojara la presión de sus dedos?

(Continuara.)

SE BURLA DE UN CHINO VIEJO, Y LE CASTIGA UN CANGREJO





LA INDUSTRIA DEL CURTIDO EN ESPAÑA

La industria del curtido es, sin duda, una de las primeras que inventó el hombre. Pieles de animales fueron sus primeros vestidos y pronto comenzaron a modificarlas para darlas flexibilidad y suavidad. España fabricaba famosos curtidos desde la más remota antigüedad; y tres siglos antes que Francia (en 1311) organizó el gremio de curtidores.

Famosísimos son los cueros de Córdoba, cuyos vistosos guadamaciles alcanzan hoy altísimos precios. Como el nombre lo indica, allí se fabricaron por primera vez los "Cordobanes" famosos.



CHISTE

—¿Quién le habrá enseñado a este loro a chillar de esa manera, César?

—¡Tú verás!... ¡Siempre que te pones a cantar trata de imitarte!

CHISTE.—Pregunta inútil. —¿Quién fué el prier hombre que descubrió América?

El discípulo.—Lo sabe usted.

—Naturalmente que lo sé.

El discípulo.—¿Entonces para qué lo pregunta?

FUGA DE VOCALES

P. r. d. v. n. . d. r. . D. s.
y l. . d. m. r. p. r. p. f. c. t.
p. r. b. n. d. d. s. l. . m.
p. r. j. s. t. c. r. l. t. m.

MAXIMAS

Haz lo que puedas y Dios hará lo demás.

El que solo confía en sí, fracasará.

Dios humilla al soberbio y ensalza al humilde.

JEROMIN

Revista ilustrada semanal para niños

Paquete de 10 ejemplares en adelante: 7 céntimos ejemplar
SUSCRIPCIÓN: 5 PTAS. AÑO

PAGO ANTICIPADO

Toda la correspondencia al Apartado 466.—MADRID



1.—Esta tarde no vendrás con nosotros de pesca, pues hay marejada y además tendrás que quedarte al cuidado de la casa, pues ya sabes que tu madre piensa salir de compras. Estas palabras las pronunciaba un viejo lobo de mar dirigiéndose a Pepín, su pequeño vástago, el cual las escuchaba con harto sentimiento, pues era muy trabajador y gozaba ayudando a su padre.

2.—Pepín marchó a su casa cabizbajo,

mas sin pensar un sólo instante en desobedecer a su padre; mas una vez en ella, su madre le dijo: —Puedes marchar con tu padre, pues aplacé mis compras para otro día. No bien oyó esto Pepín, salió a todo correr en dirección al embarcadero, pero ya había partido la flotilla y sólo alcanzó a ver cómo se desvanecían las velas en el horizonte.

3.—Apesadumbrado y sin tener nada que hacer, se sentó en un paredón dis-

puesto a esperar pacientemente a que los pescadores volvieran, y con mirada distraída comenzó a recorrer las inmediaciones; de pronto, descubrió una lancha que estaba amarrada a un argollón del muelle, y dispuesto a no desperdiciar la tarde en la ociosidad, concibió la idea de saltar a ella y marcharse a pescar por su cuenta.

4.—Pepín no lo pensó dos veces y después de cerciorarse de que la red que



había en el fondo de la lancha estaba en buenas condiciones, soltó amarras y se internó mar adentro, pensando hacer una pesca tal, que quedara asombrados a los demás pescadores.

Efectivamente, poniendo su idea en práctica, así que llegó a un lugar propicio, tiró sus redes y esperó pacientemente a que se llenaran de pescado.

5.—Mas no bien había terminado de tenderlas cuando rápidamente el cielo se

encapotó, tomando tonos siniestros, anunciadores de tormenta, y comenzó a divisar en el horizonte las velas de la flotilla de los pescadores que a todo trapo se dirigían al puerto, huyendo de la borrasca. Pepín recogió inmediatamente sus redes y se dispuso a imitar a los pescadores.

6.—Mas la tormenta tomaba proporciones inusitadas, y aunque el mar continuaba todavía en aparente tranquili-

dad, a ningún pescador se le ocultaba que aquello no era un buen presagio. En efecto, un sordo rumor que dominaba el ruido de la tempestad fué aproximándose rápidamente hasta que apareció en el horizonte una inmensa tromba marina, que amenazaba coger a las embarcaciones cual leves cáscaras de nuez y proyectarlas en el espacio.

7.—Los momentos eran angustiosos y aunque la tromba pasó lo suficientemen-



te lejos para no hallar en su camino a los pescadores, la lancha del padre de Pepín, más próxima, sufrió sus efectos, siendo volcada y proyectado aquél a gran distancia; los demás ocupantes perecieron envueltos en la vorágine de la tromba.

8.—Pepín, que había estado sin respirar durante los escasos segundos que

duró la trágica escena que acabo de relatar, y con la esperanza de que el cuerpo que había visto por el aire fuera el de su padre, comenzó a remar hacia el sitio donde había caído, siendo confirmadas sus suposiciones con la natural alegría, pues no era otro que su padre el que enérgicamente se debatía con el fuerte oleaje.

9.—Lo recogió en su barca y aprove-

chando que aún no había grandes olas y que una vez pasada la tromba parecía que el cielo se iba despejando, comenzó a remar con todas sus fuerzas hacia la playa, donde su madre, llena de alegría al verlos retornar, les estaba esperando con los brazos abiertos, pues llegó a creer haberlos perdido para siempre.

ROMPE-CEBERAS



1.º Unid los puntos del 1 al 29 y tendréis el dibujo completo.

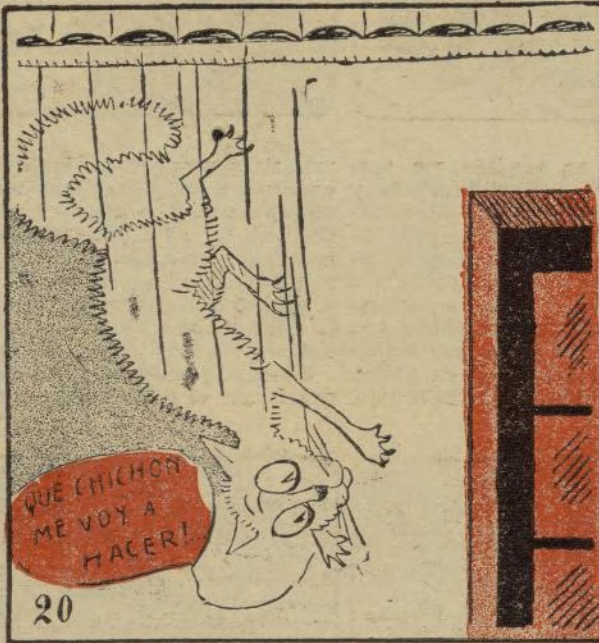
2.º ¿Dónde estará el dueño de ese hipopótamo?

AVENTURAS DE PIRACAS

PELÍCULA FELINO-CÓMICO-TRÁGICA POR CARLOS



Pirracas, dolorido física y moralmente por la paliza con que le habían obsequiado sus vecinos, paseaba su indignación a lo largo del tejado. Su



falta de costumbre de andar por los tejados hace que resbale y caiga, teniendo la suerte de caer en el mullido de la basura de un destartelado



carro de una trapería. En un sucio corral de una vieja casucha vuelcan la basura, cayendo él envuelto entre aquellas inmundicias. El pobre Pi-



rracas se encuentra en un mundo desconocido, sucio, mal oliente y con hambre. Se acordó de



aquellas sopitas en leche y aquellos trocitos de corazón de cordero con que su ama le obsequia-



ba... Ante las impertosas necesidades del estómago y sin recursos, recordó los consejos de su



padre de que para comer era necesario trabajar, y se dijo: —Cazaré. No dejaré vivo un ratón



que haya en la casa... En un agujerito oyó ruidos sospechosos, y, en efecto, un ratoncillo aso-



mó las orejas y Pirracas se prepara para el ataque. (Continuará.)